Capítulo II: Antecedentes

2.1. Historia de ocupación del sitio Agua Caliente C-35 AC

2.1.1. Cronología relativa

En 1983, en los terrenos a urbanizar por el INVU, se implementó una metodología de rescate que consistió en un muestreo en cuadrículas y en transectos. En ambos programas de muestreo se utilizaron, como unidades de sondeo y recolección de materiales, pozos de cateo circulares de 1 m^2 de área. Las operaciones 1, 2, 3 y 5 corresponden con los cuadrantes de muestreo intensivo y en cada uno de ellos se excavaron 36 pozos. En la operación 4 se efectúo el muestreo en trasectos y se realizaron 54 pozos en total (Vázquez 1984a, Vázquez et al. 1987).

Con el análisis del material cerámico recuperado en los programas de muestreo, se identificaron los cuatro complejos cerámicos del Valle Central, a saber: Barva (1000-300 a.C.), Pavas (300 a.C.-300 d.C.), Curridabat (300-900 d.C.) y Cartago (900-1550 d.C.). En la mayoría de los pozos de cateo, así como en las excavaciones horizontales y en las recolecciones de superficie ejecutadas en las operaciones mencionadas en el párrafo anterior, la cerámica del complejo Cartago obtuvo los porcentajes más altos. La evidencia de los demás complejos disminuye a medida que se retrocede en el tiempo. Con base en esto se propone que el sitio fue ocupado de manera progresiva, iniciando en la época del complejo Barva, hasta alcanzar su mayor ocupación durante la fase Cartago (Corrales y Quintanilla 1987:78; Valerio et al. 1987; Vázquez 1985:7). Además, con el análisis también se identificó cerámica policroma del Pacifico Norte, perteneciente al periodo Sapoa (800-1350 d.C.) (Vázquez et al. 1994:248).

No se ha llegado a determinar sí la ocupación del sitio en la época precolombina, fue continua o con lapsos de abandono. Sin embargo, en el área investigada se detectaron evidencias de ocupaciones modernas. De esta manera, en el sector Cocorí se hallaron estructuras de los siglos XIX y XX, entre ellas las ruinas de un beneficio de café que incluían el piso, restos de paredes, tanques, canales y un recibidor de grano. Asimismo, en las cercanías del cauce del río Agua Caliente se encontraron fragmentos de porcelana, vidrio, ladrillos, tejas, una parte de una figura de yeso y huesos de animales. Estos materiales pueden vincularse con zonas habitacionales de la hacienda cafetalera. Del mismo modo, en el sector Playskool se encontraron restos de una edificación post hispánica a 60 m

al suroeste de donde estuvo la fábrica de juguetes Playskool, cerca del margen oeste de la quebrada El Molino. Los restos fueron observados en un área de 2500 m^2 y comprendían parte de un piso asociado a tejas y losetas de arcilla horneada, objetos metálicos y fragmentos de porcelana. Se cree que dichos artefactos están relacionados con una casa principal del Agua Caliente del siglo XIX y principios del XX (Vázquez 1998:5; Vázquez y Corrales 1987:29).

2.1.2. Generalidades de la fase Cartago (900-1550 d.C.)

Durante la fase Cartago, en sitios complejos como Guayabo de Turrialba, los basamentos para casas se caracterizan por presentar perímetros circulares de piedra, muros de contención y entradas definidas por empedrados o escalones. Las tumbas de lajas con forma de cajón representan el rasgo más particular de esta fase. Con respecto a las tumbas de cajón más extraordinarias documentadas en el sitio Guayabo de Turrialba, destacan las lápidas de piedra talladas con decoraciones zoomorfas de lagarto, ave y jaguar, así como las mesas del mismo material finamente esculpidas (Aguilar 1972:123-125,133, 1974:314-315; Alfaro1894a:103-104).

Los modos cerámicos de esta fase poseen una estilización y técnicas complejas. En términos generales, los artefactos cerámicos presentan soportes con forma de cabezas antropomorfas y zoomorfas, incisiones finas en diseños complejos y líneas de pintura como modo decorativo (Arias c.a 1990s; Arias y Chávez 1985:82). Los artefactos elaborados en madera y piedra reflejan un mayor desarrollo artístico, en comparación con los objetos cerámicos. Además, durante esta fase se consolida la metalurgia en el actual territorio de Costa Rica (Aguilar 1974:315). No obstante, este fenómeno cultural se ve condicionado por la existencia de fuentes de oro de placer sólo en la cercanía de la Península de Osa, así como de cobre nativo en la región de Puriscal (arqueólogo R. Vázquez 2012, comunicación personal).

En el sitio Agua Caliente la mayoría de la cerámica recuperada y los rasgos culturales como basamentos, calzadas y sepulturas se adscriben a esta fase. Con base en lo anterior, se propone que durante el periodo tardío se construyó, en lo que se denomina como la zona principal del sitio, una aldea con edificaciones sobresalientes, mientras que en

la periferia del complejo arquitectónico se emplazaron cementerios de tumbas de cajón (Vázquez 1985:10; Vázquez y Corrales 1987:16).

2.2. Prácticas funerarias del Valle Central Oriental

En el Valle Central Oriental se han registrado enterramientos de la fase Curridabat (300-800 d.C.) y cementerios con tumbas de cajón de la fase Cartago (900-1550 d.C.) En el sitio Agua Caliente se han encontrado ambos contextos funerarios, pero la mayoría de ellos corresponde con el patrón inhumatorio de tumbas de cajón. Por tal razón, en este apartado se lleva a cabo una descripción de ambas prácticas mortuorias, pero se le brinda un mayor énfasis a los contextos funerarios de la fase Cartago, ya que estos representan parte fundamental del objeto de estudio de esta investigación. Asimismo, se sintetizan los principales sitios arqueológicos ubicados en el Valle Central Oriental, en los cuales se han documentado de manera detallada dichas prácticas funerarias. Sin embargo, es importante hacer la salvedad de que el Valle Central Occidental también se han reportado sitios arqueológicos con cementerios de ambas fases, pero para efectos de este estudio sólo se tomaron en cuenta los sitios más cercanos al sitio Agua Caliente, localizados en la provincia de Cartago.

2.2.1. Enterramientos de la fase Curridabat (300-800 d.C.)

En términos generales, estos enterramientos se delimitan con cantos rodados, en ocasiones formando pequeños túmulos o alineamientos. Sin embargo, algunos no presentaban marcadores de piedra y se pueden localizar dentro de zonas habitacionales o en cementerios. Se han reportado casos con grandes depósitos de vasijas quebradas o "matadas" sobre las fosas funerarias. El "ritual de matado" parece guardar relación con el tipo de vasija y la función que éstas tenían en la ceremonia de enterramiento. Al respecto, los jarrones trípodes eran "matados" sobre las tumbas, mientras que las ollas y escudillas se colocaban dentro de las fosas, ocasionalmente con pequeños cortes y quebraduras en sus labios y cuellos. Además, se menciona que este ritual implicaba la remoción, ya sea total o parcial, de las decoraciones modelas de las vasijas. La ruptura de vasijas ha sido

relacionada con la muerte, ya que la elaboración de las mismas se vincularía con la vida (Corrales 2001:49-50; Peytrequín 2009: 95-97; Skirboll 1981:178, 183).

Según Aguilar (1974:314) en estos enterramientos se excavó un gran hoyo, posiblemente con forma de paila, donde se depositaron ofrendas como vasijas, metates y jades, las cuales se distribuyeron siguiendo un orden específico. Como parte del ritual, las vasijas de soportes largos fueron quebradas en un momento determinado. En muchos casos, los artefactos cerámicos conservaron restos de hollín en el fondo y a los lados del cuerpo, pero no en los soportes. Al respecto, Corrales (2001:50) sugiere que dichos residuos son producto de la quema de alguna sustancia durante el ritual funerario. En este sentido, Skirboll (1981:119) indica que en el interior de varias vasijas se observaron remanentes de color café oscuro o negro, que posiblemente pertenecían a materiales orgánicos que fueron colocados en las vasijas como ofrenda funeraria.

Las primeras investigaciones llevadas a cabo en enterramientos de la fase Curridabat, fueron efectuadas por Carl Hartman (1907:309) en 1903. Este investigador menciona que al excavar los sitios Curridabat y Concepción, observó una gran cantidad de jarrones trípodes quebrados, dispersos en la tierra e inclusive apilados. A una mayor profundidad, encontró ollas globulares y tazones bien preservados, los cuales aparentemente fueron colocados junto al individuo. Hartman denominó al correspondiente conjunto cerámico como "vajilla Curridabat", ya que ese era el nombre del pueblo indígena cercano al lugar donde realizó las excavaciones.

En el sitio Tatiscú (Cat.UCR-137), localizado en San Rafael de Oreamuno, a pocos kilómetros del sitio Agua Caliente, se reportaron concentraciones de fragmentos cerámicos sobre los enterramientos y algunos de ellos estaban señalados por cantos rodados. Los individuos inhumados fueron colocados en posición extendida con la cabeza en dirección oeste. Entre los artefactos ofrendados se encontraron jarrones, vasijas globulares, un fragmento de jade alargado, una cuenta y una figura humana de cobre. Este último artefacto ha sido datado estimativamente en 500 d.C. y estaba asociado con una vasija trípode o "florero", característico de la fase Curridabat (Aguilar 1975, 1981:116-117).

Los enterramientos de La Pesa Vieja (Cat. UCR-383) estaban delimitados por rectángulos de cantos rodados y/o lajas, que poseían básicamente dimensiones anatómicas y estaban orientados de este a oeste. Las fosas fueron rellenadas con tierra, demarcadas con cantos rodados y sobre algunas de ellas se lanzaron fragmentos de vasijas quebradas

("floreros"). Junto al difunto se depositaron vasijas completas, que posiblemente contenían alimentos y materiales orgánicos como madera, tela, cestería, entre otros. La mayoría de los individuos fueron considerados como adultos y se plantea que los enterramientos eran primarios, a razón de que los restos humanos estaban en posición anatómica. En total se excavaron 25 tumbas y cinco de ellas se distinguieron por la estructura y por contener ofrendas como: vasijas de mayor tamaño, metates y un colgante pequeño de piedra verde similar al jade. Las diferencias en la construcción de las fosas y en la cantidad y la calidad de las ofrendas, son interpretadas como desigualdades en el *status* socio-político de los individuos, ya sea por su edad, sexo u oficio que tenían en vida (Snarskis y Guevara 1987:35-37).

En la década de 1980, mientras se efectuaba una evaluación en el sitio Agua Caliente, se reportaron 12 enterramientos de este tipo (operaciones 48 a, c, ch y 49 a, ch, d). La mayoría de ellos correspondía con individuos adultos, pero también se registraron algunos subadultos. Básicamente, los individuos estaban en posición extendida y con el cráneo hacia el oeste (Vázquez 1985:16). Del mismo modo, durante las labores de rescate de 1999 en el sector Playskool, se detectaron 15 de estos enterramientos (operaciones 55 y 61) (Achío 1999:14-15, 28). Las fosas no presentaron estructura de piedra y fueron descubiertos por medio de manchas oscuras en el estrato arenoso. Entre los artefactos asociados se hallaron principalmente ollas y tecomates, hachas pulidas y lasqueadas y un metate con motivos zoomorfos. En general, los restos humanos hallados mostraron un deterioro avanzado (Achío 2007:59, 75-76).

En el sitio Carlos Aguilar Piedra (C-80 CAP) se definieron cinco enteramientos. En los primeros niveles se observó material cerámico, principalmente soportes, y en los más profundos había una mayor cantidad de material fragmentado, artefactos completos y restos humanos mal conservados. En medio de las fosas, se halló un fogón compuesto por piedras, fragmentos de metate, arcilla quemada y tierra con carbón. Se sugiere que el fogón fue utilizado durante los rituales funerarios, ya que las vasijas encontradas junto a los individuos presentan evidencias de haber sido expuestas a calor. Además, debajo de este fogón se excavó una tumba que contenía dos piezas de jade y artefactos de la fase Curridabat (Rojas, Herrera e Hidalgo 1996:15-16, 27).

Los contextos funerarios del sector La Chácara del sitio Hacienda El Molino (C-27 HM), presentaron en los niveles más superficiales concentraciones de fragmentos

cerámicos y algunos cantos rodados. En total se reconocieron 52 enterramientos y 17 de ellos fueron identificados como primarios, ya que los individuos estaban en posición extendida, con el cráneo al noroeste y las extremidades al sureste. Las fosas tenían forma de paila y sobrepasaban las dimensiones anatómicas. Las vasijas fueron depositadas al lado izquierdo de la cabeza del individuo y a la derecha del torso o de las piernas. Cabe destacar que en algunos casos los individuos fueron enterrados muy juntos, provocando daños en los huesos y complicaciones para individualizar los restos (Herrera 1998: 20-22, 25, 27).

Es importante mencionar que los sitios Carlos Sanabria (C-16CS) y López (UCR-66) también presentan enterramientos adscritos a esta fase, pero de ellos se tiene poca información (hoja de registro). Por esta razón, sólo se citaron los sitios mejor documentados.

2.2.2. Patrón funerario de tumbas de cajón

La inhumación de individuos en tumbas de cajón fue una práctica funeraria muy difundida a lo largo del área Central-Caribe del país. Con base en fechas de radiocarbono se estima que esta costumbre mortuoria dio inicio aproximadamente entre el 900-1000 d.C. (Kennedy 1968:107-108; Snarskis 1978: 183, 289; Vázquez 1982:58; Blanco 1986:272) y se prolongó hasta la llegada de los españoles, como lo demuestran las cuentas de vidrio halladas en estos contextos (Acuña 1986; Hartman 1901:175; Stone 1977:167; Vázquez 2002:366-367). Estos artefactos europeos señalan que las poblaciones indígenas de dicha zona geográfica continuaron enterrando a sus difuntos en tumbas de cajón aún después del arribo de los españoles en el siglo XVI (Hartman 1901:29).

A partir de su construcción, estas tumbas se pueden clasificar en tres tipos principales: las complejas que presentan paredes, tapa y piso; las fosas rectangulares a las que les falta una parte de la estructura, como por ejemplo el piso, y los cajones pequeños. Para elaborar estos rasgos se utilizaron especialmente cantos rodados, lajas calcáreas y lajas ígneas. También existe la posibilidad de que se empleara madera o corteza para su construcción. Sólo algunas han evidenciado túmulos de piedra que señalaban su ubicación, aunque quizás, otros de estos indicadores fueron hechos con materiales perecederos. Estas sepulturas pudieron situarse en el interior de los rasgos habitacionales, cerca de las

viviendas sobre alguna loma o en otro espacio un poco más alejado de las áreas residenciales (Vázquez 1982: 58, 123-124, 221-222).

La mayoría de artefactos asociados a estos contextos son de cerámica y lítica. Su ubicación en cada rasgo, así como la cantidad de los mismos, es muy variable. Por lo general, en los casos donde se conservaron los restos humanos, los objetos se depositaron cerca del cráneo, las extremidades, las caderas y el tórax. Las características de construcción de las tumbas, el tipo y cantidad de ofrendas y la presencia de artefactos suntuarios, pueden denotar diferenciaciones sociales de rango y estatus (Hartman 1901:29; Vázquez 1982: 223-224, 1984b:66).

La información morfológica y de distribución temporal-espacial de este "patrón inhumatorio de tumbas de cajón", fue complementada con los datos demográficos y forenses aportados por Vázquez (1982, 1984b). Por lo tanto, esta práctica funeraria se puede explicar de la siguiente manera (Vázquez 1989:10):

1. Se construyó un cajón rectangular de dimensiones anatómicas.
2. El individuo articulado fue depositado en posición extendida. Las posturas flexionadas se deben a la falta de espacio en el cementerio.
3. Los individuos de ambos sexos y de casi todas las edades fueron enterrados del mismo modo.
4. Las ofrendas, y algunas veces restos humanos, fueron colocados junto al fallecido o sobre la tapa de la tumba.

Las tumbas de cajón representan un patrón muy generalizado, no obstante, Vázquez (1982:124, 229; 1984b:65) reconoció dos variaciones:

1. La colocación de dos o más individuos articulados dentro de la misma tumba.
2. Los restos óseos de una inhumación anterior fueron: (a) desplazados a un lado de la tumba, (b) depositados en un cajón independiente y pequeño, o (c) trasladados a una fosa en la tierra para dar espacio a un nuevo cadáver.

2.2.2.1. Cementerios con tumbas de cajón en el Valle Central Oriental

Los primeros cementerios con tumbas de cajón fueron reportados a finales del siglo XIX, cuando Carl Hartman llegó a la ciudad de Cartago el 22 de mayo de 1896 y realizó una serie de exploraciones en los pueblos vecinos. En la localidad de Santiago observó un montículo de forma elíptica, donde efectuó un pozo de 1,5 m de profundidad y halló la tapa de una tumba. En total excavó 12 tumbas de cajón y otras 12 con forma ovalada o circular compuestas por guijarros. Estas sepulturas presentaron pequeñas dimensiones y en ellas se depositaron vasijas miniatura como ofrendas funerarias (Hartman 1991:43, 53-57).

En el cementerio de Quircot, situado en una amplia y abierta colina plana, Hartman (1991:77-79) encontró tumbas de piedra parecidas a las de Santiago. En total reportó 205 tumbas de cajón distribuidas en tres niveles: 111 sepulturas en el primero, 59 en el segundo y 35 en el tercero. Los vestigios asociados a estos rasgos fueron principalmente de cerámica, los objetos de piedra eran sumamente escasos. Aunque el cementerio fue utilizado durante un período considerable, no se reconocieron diferencias marcadas que pudieran indicar cambios culturales.

En el poblado de Los Limones, Hartman contabilizó 65 tumbas distribuidas en dos montículos. Los objetos asociados a estas sepulturas eran en su mayoría de cerámica: jarrones y tazones. Sólo se descubrieron tres artefactos de piedra: dos azuelas y una figura pequeña. Por último, Hartman se dirigió a Orosí donde halló una serie de círculos de piedra, en los cuales realizó sondeos y pozos de prueba. Los múltiples círculos o semicírculos de piedra tuvieron un carácter domiciliario y en pocos de ellos había tumbas de cajón. Además, se identificaron talleres dedicados a la manufactura de herramientas y se recolectaron cerca de mil objetos de piedra (Hartman 1991:79-80, 82, 85).

Entre los meses de agosto y noviembre de 1978, la construcción de una urbanización en la parte suroeste de la ciudad de Cartago, motivó las labores de rescate en el sitio Hacienda El Molino (C-27HM). En total se hallaron 34 tumbas de cajón, con la particularidad de formar semicírculos contiguos y concéntricos alrededor de un área nuclear, donde la curvatura de los cajones mantenía la simetría del conjunto. A pesar de que los hallazgos fueron parciales debido a destrucciones previas por tractoreo y huaquerismo, se pudo notar variabilidad en el conjunto funerario atribuible a diferencias de estatus social. Las diferencias se reflejaron en la complejidad de las estructuras, en su ubicación dentro del

grupo y en los materiales empleados para construirlas. En algunas de las tumbas, los restos humanos fueron removidos para dar campo a nuevos individuos. En otros casos, los restos óseos permanecían en la tumba acompañando al nuevo individuo, mientras que algunos de ellos habían sido colocados sobre las tapas de las tumbas, a manera de ofrendas. En total se identificaron 50 individuos, 26 de ellos eran subadultos y 24 eran adultos (Vázquez 1982:18, 120, 225, 228-230).

Uno año más tarde, la construcción de una urbanización en San Nicolás de Taras dejó al descubierto un conjunto de rasgos funerarios. El Museo Nacional de Costa Rica realizó los trabajos de rescate y registró el sitio con el nombre de San Nicolás (C-28 SN). En este sitio fue encontrado un conjunto funerario compuesto por nueve tumbas de cajón, de las cuales, dos estaban saqueadas. De las siete sepulturas sin alterar, tres poseían dimensiones adecuadas para albergar cuerpos de individuos adultos en posición extendida. Las otras cuatro, debido a su tamaño, pudieron pertenecer a subadultos. La evidencia ósea demostró que los individuos fueron enterrados con la cabeza hacia el noroeste, a excepción de un infante que al parecer fue colocado en dirección contraria. La mayoría de los artefactos fueron depositados sobre las tapas de las tumbas (Vázquez 1982:95).

La construcción de la carretera que une a Tres Ríos con Cartago, ocasionó que entre 1980 y 1981 se llevaran a cabo excavaciones de salvamento en el sitio El Cristo (C-39 EC). Este sitio se localizó en Ochomogo y en él se encontraron 164 tumbas de cajón elaboradas con lajas y cantos rodados, las cuales en muchos casos presentaron piso y tapas de laja. En sentido horizontal, las tumbas poseían una distribución homogénea formando grupos o concentraciones, pero en sentido vertical se determinaron de dos a tres niveles de sepulturas superpuestas concentradas hacia el sector central. Se notó una distinción entre el número y la calidad de las ofrendas, lo cual puede indicar diferencias de rango, sexo o edad entre los individuos. Lamentablemente, la conservación de los restos óseos humanos fue pobre y sólo se pudo identificar el 14,3% de la muestra. Los resultados del análisis demostraron que la mayoría de los individuos eran menores de 20 años y que solamente tres eran adultos (Blanco 1986:269-270, 273).

En Llano Grande de Cartago, en la Finca Rodríguez ubicada en el caserío de Retes, el arqueólogo Carlos Aguilar reportó en 1950 un cementerio precolombino de tumbas de cajón, el cual fue registrado con el nombre de Rodríguez (C-358 Rz). No obstante, fue hasta 1985 que comenzaron las excavaciones científicas en este sitio, el cual es considerado

como multicomponente al presentar evidencia de las cuatro fases establecidas para el Valle Central, a saber: Barva, Pavas, Curridabat y Cartago. A pesar de que las tumbas habían sido saqueadas, se recuperaron restos óseos humanos con una buena preservación. Además, cabe destacar que antes de iniciar el estudio arqueológico, el cultivo de papa y cebolla, la ganadería y el huaquerismo, habían causado alteraciones considerables a este cementerio (Cruz y Obando 1988:21-23).

En 1987, atendiendo una denuncia en Oreamuno de Cartago, se realizaron trabajos de rescate en el sitio San Rafael (C-22SR), en el cual se identificaron entre 40 y 50 sepulturas destruidas por la edificación de viviendas y el huaquerismo (Solís y Herrera 1987). Sólo 14 tumbas estaban sin perturbar y tres de ellas conservaron restos humanos. Se reconocieron prácticas mortuorias como la reubicación de restos para depositar nuevos cadáveres, la conservación de restos inarticulados de enterramientos anteriores dentro de los cajones y la colocación de restos humanos y de ofrendas sobre las tapas (León 1987:2-4). Además, se plantea que estos enterramientos tenían un elemento central representado por el individuo articulado, el cual era acompañado por los huesos desarticulados de dos o hasta cuatro individuos colocados en paquete (Solís y Herrera 1987).

La remoción de tierras efectuada en 1995 para construir la urbanización Blanquillo en San Rafael de Oreamuno, dejó al descubierto cajones delimitados por lajas y materiales cerámicos y líticos. A este sitio se le llamó Alto Cerrillo (C-56 AC) y se documentaron cuatro rasgos funerarios. Las sepulturas presentaron un patrón funerario similar al conocido para la fase Cartago, pero debido a su estado de alteración no fueron excavadas, sólo se mapearon y fotografiaron (Solís 1995).

En 1996, en el sitio Carlos Aguilar Piedra (C-80 CAP), se excavaron 20 tumbas y se identificaron 19 individuos. Las sepulturas se distribuyeron de manera lineal y la sobreposición sólo se registró en tumbas donde se inhumaron subadultos. Se presentaron variaciones en la construcción de los rasgos, ya que unas tumbas poseían dimensiones anatómicas y otras eran bastante anchas, lo cual parece indicar que el patrón funerario sufrió modificaciones a través del tiempo. La mayoría de las ofrendas funerarias fueron objetos cerámicos, las cuales fueron depositadas principalmente en el interior de las sepulturas. También se observaron restos óseos humanos dispersos sobre las tapas de las tumbas, así como dentro de los rasgos junto a los individuos articulados (Rojas, Herrera e Hidalgo 1996:7, 25-26).

En la finca de RACSA localizada en Paraíso de Cartago, se excavó en el año 2000 el sitio Los Lagos (C-221 LL), en el cual se encontró un conjunto funerario de 12 sepulturas. Se registraron dos niveles de tumbas superpuestas, lo que puede indicar el uso del cementerio de manera continua y por generaciones. Las diferencias sociales, de género y de edad notadas en los rasgos funerarios, estuvieron reflejadas en las ofrendas y en el tamaño, orientación y estructura de los cajones. Se recuperaron 36 artefactos cerámicos, entre ellos uno policromo, y tres líticos asociados a la fase Cartago (Valerio 2000).

En el 2001, cuando se construía la nueva clínica de la Caja Costarricense del Seguro Social de San Rafael de Oreamuno, se detectó otro cementerio tardío. Este sitio se ubicó en una pequeña loma junto a la quebrada Chinchilla y recibió el nombre de La Clínica (C-284 LC). En el cementerio se distinguieron dos sectores, los cuales estaban separados por una zona sin tumbas de unos 5 a 10 m. El primer sector ocupaba la cima de la loma y presentó 36 tumbas. El segundo estaba en la pendiente de la misma elevación natural y tenía ocho tumbas. En total se hallaron 44 sepulturas con paredes de lajas y cantos rodados y con tapas y pisos de lajas. Las variaciones en el tamaño de las tumbas pudieron estar relacionadas con la edad del fallecido o con rituales funerarios. La mayoría de las sepulturas se orientaban de este a oeste, pero en algunos casos estaban orientadas de norte a sur. Sólo se hallaron restos de seis individuos (cinco adultos y un adolescente) distribuidos en cuatro tumbas del sector dos. Entre ellos había individuos articulados en posición extendida, así como paquetes de huesos colocados principalmente al lado oeste de la sepultura. Gran parte de los artefactos ofrendados eran cerámicos, sólo se halló un objeto de piedra. Por lo general, las ofrendas fueron colocadas dentro de las tumbas, hacia los extremos y cerca de las paredes, pero en algunas ocasiones se depositaron sobre las tapas. Además, el material cerámico hallado en la superficie del cementerio y en zonas cercanas, permitió identificar un sector habitacional (Corrales, Guerrero y Aguilar 2002:2-3, 6-9, 12, 25, 39-42).

Una vez más en la localidad de San Rafael de Oreamuno, la elaboración de una zanja para colocar una tubería de RECOPE en el año 2006, dejó al descubierto material arqueológico. Los movimientos de tierra produjeron daños a seis tumbas de cajón y en uno de los perfiles de la zanja se observaron restos humanos. A partir del material cerámico y de los rasgos funerarios, se determinó que el sitio pertenece a la fase Cartago y se le denominó Breña (C-147 Br) (Valerio 2006).

Ubicado en el cantón de La Unión, el sitio Tres Ríos (C-343TR)[2] fue descubierto en el 2010 al iniciar la construcción de unos apartamentos. Es un sitio multicomponente, cuya ocupación más intensa se dio entre el 1000-1200 d.C. Este cementerio estaba compuesto por tumbas de cajón de arquitectura tanto simple como compleja. Las paredes de las fosas fueron construidas con lajas y piedras de río, mientras que para las tapas y los pisos se emplearon sólo lajas. Se identificaron de dos a tres niveles de sepulturas superpuestas, en los cuales se encontraron restos óseos humanos. En estos rasgos se recuperaron artefactos cerámicos y líticos, así como restos de flora y fauna (arqueóloga Maritza Gutiérrez, comunicación personal 2011).

En La Lima de Cartago, una serie de movimientos de tierra realizados para desarrollar infraestructura, dejaron al descubierto un área de cementerio en el año 2011. El sitio fue registrado por el arqueólogo Gustavo Gómez con el nombre de Finca Piza (C-427 FP). Al año siguiente iniciaron los trabajos de rescate, en los cuales se hallaron 38 tumbas de cajón elaboradas principalmente con lajas ígneas y calcáreas. Sólo uno de los rasgos funerarios presentó piso de lajas y la mayoría de las sepulturas se orientaron de oeste a este. En 32 de las tumbas se recuperaron restos óseos y se contabilizó un total de 34 individuos, los cuales se encontraron extendidos y en posición decúbito dorsal. Asociados a los rasgos funerarios, se hallaron 57 artefactos cerámicos y siete líticos. Los materiales presentaron un estado de conservación pobre, ocasionado tanto por el huarquerismo como por factores tafonómicos. Además, con base en los materiales recuperados y en el fechamiento de Carbono 14, se sugiere que la actividad inhumatoria en este sitio se llevó a cabo entre el 1100 y 1280 d.C. (Gutiérrez y Achío 2012: 21, 85, 98-100).

Es necesario aclarar que esta zona geográfica existen otros sitios con contextos funerarios de la fase Cartago, como por ejemplo los sitios Alto Araya (C-25 AA), La Lima (C-149 LL), Convento (C-155 Cv), Páez (UCR-170), Gómez Chinchilla (UCR-178), Belén (UCR-13), La Chinchilla (UCR-176) y Tobosi (C-57 Tb). Sin embargo, de estos sitios se tiene información escueta (hoja de registro) y por lo tanto, no se puede hacer una descripción detallada de los mismos.

[2] A pesar de que este sitio se localiza en el Valle Central Occidental, es importante citarlo porque posee prácticas funerarias similares a las del sitio Agua Caliente y además, de ser uno de los cementerios de tumbas de cajón hallado más recientemente.

Por otra parte, los sitios arqueológicos sintetizados anteriormente se presentan en la Figura 3, con la intención de graficar la distribución espacial de los mismos con respecto al sitio Agua Caliente. Asimismo, en esta figura se incluyen tres sitios localizados en el Caribe Central, los cuales son abordados en el siguiente apartado.

2.2.3. Diferenciación social vertical expresada en ajuares funerarios del Caribe Central

Para hacer referencia a la diferenciación vertical o rango social, se eligieron tres sitios arqueológicos del Caribe Central: Las Mercedes (L-289 LM-1), Anita Grande (L-53 AG) y Guayabo (C-362 MNG), ya que estos comparten similitudes con el sitio Agua Caliente, al poseer arquitectura compleja y cementerios con tumbas de cajón (Figura 3).

En este apartado se llevó a cabo una síntesis de los principales indicadores de rango social que se hallaron en los cementerios de estos sitios, como el tipo y la cantidad de ofrendas funerarias depositadas en las tumbas de cajón y la construcción de las sepulturas.

2.2.3.1. Sitio Las Mercedes

Cuando Hartman (1901:21, 28, 1991:62, 64) visitó el sitio Las Mercedes, descubrió algunas sepulturas intactas distribuidas en pequeños grupos dentro de una plataforma de aproximadamente medio metro de altura. Todas presentaban paredes cuidadosamente elaboradas y grandes lajas de piedra caliza, que habían sido usadas en la construcción de sus tapas y pisos. En ellas se recuperaron principalmente artefactos cerámicos, pero también se descubrieron dos hachas, granos de maíz, restos de mazorcas y una cuenta quebrada de color verde azulado del estilo Nueva Cádiz

Por su parte, Alanson Skinner (1926:451-452) identificó en este sitio cuatro cementerios. El cementerio n°1 se diferenció de los demás, ya que presentó material cerámico quebrado y jarrones trípodes con un agujero en el fondo. Estas evidencias parecen indicar que los enterramientos pertenecen a la fase La Selva, de acuerdo con el esquema cronológico más aceptado en la actualidad para el territorio Caribe Central (Snarskis 1978, 1983).

En el cementerio n°2 se recuperó la cerámica más fina y sólo de la tumba 1 se extrajeron 20 piezas. Entre los hallazgos realizados al excavar las demás sepulturas, destacan una mesa pequeña de piedra, dos salvillas, tres cuchillos de pedernal, cuentas de jade, seis figuras pequeñas de piedra, dos orejeras de piedra, un colgante de jade, dos incensarios, un cascabel de cobre y un colgante de oro con forma de armadillo (Skinner 1926:453-456).

Las actividades de saqueo afectaron a gran escala el cementerio n°3. La perturbación de tumbas profundas dio como resultado el hallazgo de mesas de piedra, piezas de oro, piedras de sacrificio y cerámica policroma. Dichos artefactos sugieren que en esas sepulturas se llevó a cabo el enterramiento de personajes de alto rango social. Con respecto a las piedras de sacrificio, Jesús Alpizar, un conocido excavador de objetos indígenas, comentó que estos artefactos yacían al final de las sepulturas, junto con cerámica muy fina y artefactos de oro. Sólo se hallaron entre ocho y 10 sepultaras sin alterar. Una de esas sepulturas se distingue por presentar un objeto circular de oro y una olla grande con asas similares a la cola de un mono. Además, en el montículo sur de este cementerio se halló una tumba amplia, profunda e intacta, la cual estaba cubierta por enormes lajas y amurallada con grandes piedras. Durante la excavación de ese rasgo, se observó un depósito de barro negro con una línea amarilla de polvo de hueso. El fondo de la sepultura estaba formado por lajas y se descubrió una mano de moler, la mitad de una olla, la mitad de un asiento de piedra y partes de un mortero trípode (Skinner 1926:456-459).

De las pocas tumbas con lajas que se hallaron en el cementerio n°4, se recuperó una figura de piedra que representaba gemelos tomados de la mano, un disco de oro, un colgante de jade con forma de mono y dos ranas de oro. Además, una de las sepulturas tenía cuatro niveles. El primero contenía un grupo de vasijas y una figura femenina de piedra sin piernas, que tenía una larga trenza que sostenía con una de sus manos. En el segundo había vasijas, entre las que destaca una gran vasija esférica. El tercer nivel conservaba cerámica, pero debajo del piso se encontraron las piernas de la figura femenina, un águila de oro y dos pequeñas mesas de piedra, una de ellas con cuatro soportes antropomorfos y la otra con tres soportes con forma de colas de mono (Skinner 1926:459-461).

2.2.3.2. Sitio Anita Grande

Anita Grande fue una antigua plantación de banano de la United Fruit Company que fue seriamente alterada por los buscadores de tesoros. Un mandador de esta finca, Don Jacinto Xiranach, descubrió dos metates muy elaborados y una piedra de sacrificio tallada. A pesar del intenso saqueo al que estuvo sometido este sitio, se localizó un montículo con sepulturas sin perturbar. La mayoría de los artefactos recuperados fueron cerámicos y presentaron similitudes con aquellos encontrados en el sitio Las Mercedes. Entre los hallazgos realizados, se distingue una figura femenina de piedra, azuelas, una pieza circular de pirita, salvillas, un jarrón con efigie antropomorfa y una esculturilla antropomorfa sentada de cuclillas. Además, se identificó una tumba con tres pisos, en los cuales se encontró material cerámico (Skinner 1926:463-467).

2.2.3.3. Sitio Guayabo

Cuando el señor José Ramón Rojas Troyo adquiere la Hacienda Guayabo en 1881, se excavaron algunas tumbas de las que se obtuvo la llamada "piedra de los sacrificios" y una mesa de piedra redonda. La lápida es considera como uno de los artefactos tallados en piedra más asombrosos en la arqueología de Costa Rica. Este artefacto presenta en el borde superior cinco figurillas de bulto y a cada lado tiene 10 figuras de animales. Cerca de esta lápida se localizó la mesa monolítica, la cual tiene el plato un tanto cóncavo y el pedestal es acampanado (angosto en la parte superior y ancho en la base). El borde del plato tiene decoraciones de trenzado y jaguares en el borde inferior (Aguilar 1972:20, 122-123; Peralta y Alfaro 1893:19-20).

A pocos metros de la tumba de donde se obtuvo la lápida y la mesa, Alfaro (1894a:103-104) excavó otra sepultura similar. Las raíces del gran árbol que con anterioridad se situaba sobre la tumba, habían arruinado las ofrendas cerámicas. No obstante, se conservaron algunos cuchillos de pizarra cuarzosa, un cuchillo de serpentina, dos cuchillos de pedernal, una figura de piedra, cuatro cabezas esculpidas en piedra, una mesa y un cascabel de oro. La mesa tiene cinco soportes y decoraciones de figurillas de bulto representadas por 16 caras humanas. Dicha mesa se encontraba enterrada en el fondo, quizás a manera de piso, y sólo se le observaba la parte superior. Cuando se retiró este

artefacto, debajo de los soportes se halló un cascabel de oro (Aguilar 1972:20,125; Peralta y Alfaro 1893:21).

2.3. El cacicazgo del Guarco y la conquista española

2.3.1. Ubicación y extensión del cacicazgo del Guarco

Alrededor del año 1590, el cacicazgo del Guarco comprendía una región aproximada de 754 Km^2. Se extendía de este a oeste, desde la costa Caribe hasta el río Virilla, y al sur limitaba con la cordillera de Talamanca y la región de Chirripó. Como el límite norte no es preciso, se marca una línea arbitraria con dirección este-oeste desde la costa Caribe, la cual atraviesa al río Tortuguero considerando la relación entre este cacicazgo y el de Suerre (Fonseca e Ibarra 1987:2).

Este cacicazgo estaba conformado por los pueblos de Corroce (Corrocí) Cuquerrique (Tucurrique), Ybuxybux, Uriuri, Taquetaque, Purapura, Turriarba (Turrialba), Uxarrací (Ujarraz), Toyotique (Tayutic), Atirro, Co (Cot), Orosi, Güeycasí, Montava y Matixi. Muchos de estas poblaciones se localizan dentro de los actuales límites de la provincia de Cartago (Ibarra 1996:36).

Turrialba, Atirro y Corroci fueron los posibles centros de este cacicazgo y se comenta que el cacique Fernando Correque poseía casas en estos tres lugares. De acuerdo con los datos de la población obtenidos de los repartimientos de 1569, los lugares con mayor cantidad de habitantes eran: Turrialba con 2100, Atirro con 1000 y por último Corroci que contaba con 300 habitantes. Por consiguiente, se considera que Turrialba era el centro principal del cacicazgo del Guarco, seguido por Atirro (Ibarra 1984:64).

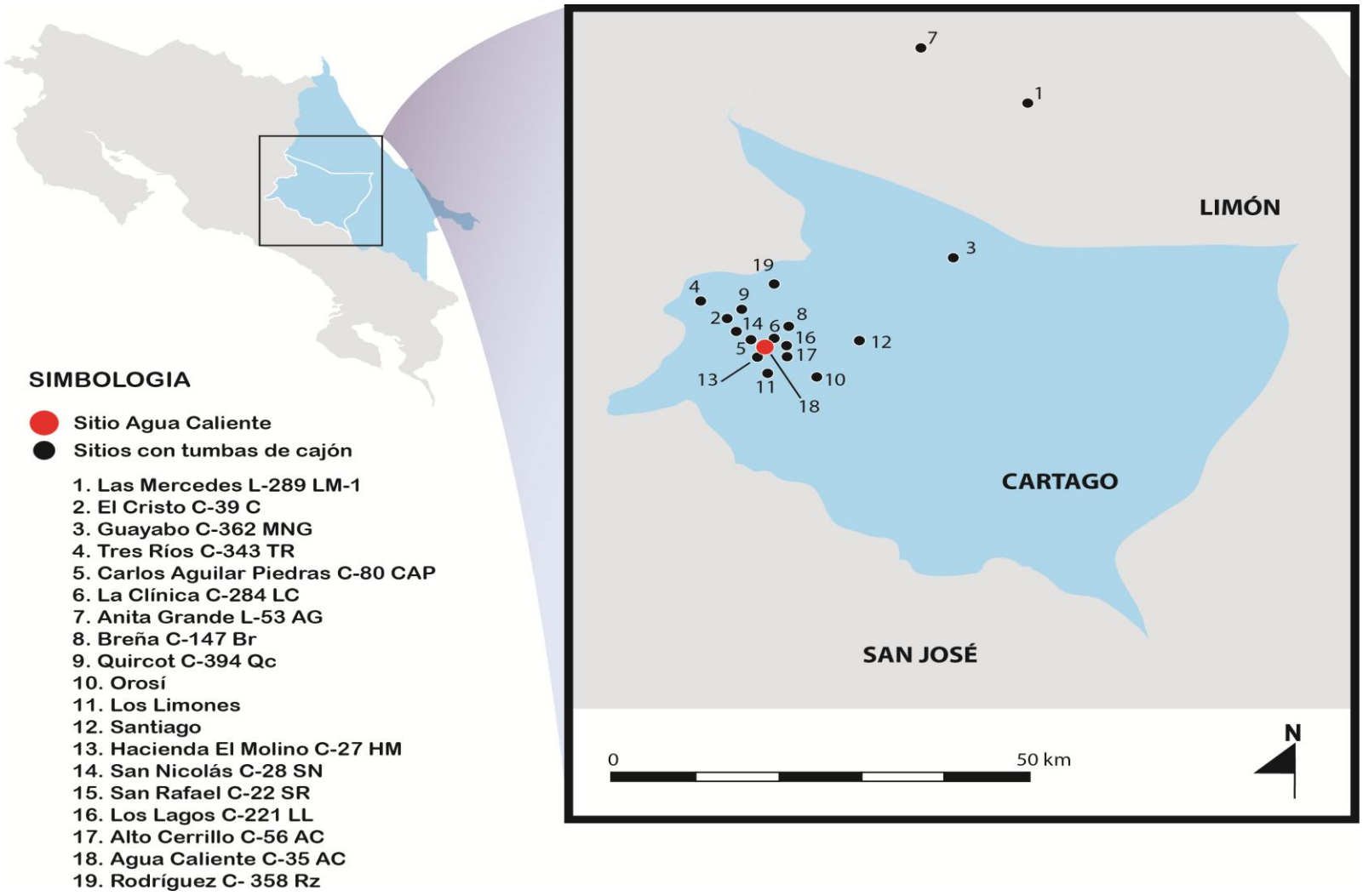

Figura 3. Principales sitios arqueológicos con cementerios con tumbas de cajón localizados en el Valle Central Oriental y en el Caribe Central (elaborado por María Laura Sáenz 2012).

2.3.2. Organización sociopolítica

Los cacicazgos se caracterizaban por poseer una jerarquía social muy concreta, la cual estaba integrada por señores o caciques principales y caciques subordinados (Fonseca 1996:180). Las fuentes escritas proporcionan una vasta información sobre la jerarquía del cacicazgo del Guarco, en la que se distinguen los siguientes rangos: el cacique mayor o señor de señores, el cacique principal (ibux), los caciques secundarios (taque, taquey, tataquea, tatoque) y los caciques de menor rango (uri). El cacique mayor cumplía funciones económicas, políticas, religiosas y militares. Los ibuxes, los taques y los uris desempeñaban en sus localidades cargos similares a los del señor de señores, pero de menor relevancia. Estos cuatro caciques juntos constituían un grupo dirigente que intervenía en todas las actividades económicas, políticas, sociales, ceremoniales y militares que se realizaban en los cacicazgos (Ibarra 1996:145-146).

Se considera que en 1563, el cacique mayor del cacicazgo del Guarco era Quitao, ya que Vázquez de Coronado se refiere a él como "señor de los demás" en una carta que le dirige al rey Felipe II (Vázquez de Coronado 1964:63). Tiempo después Guarco asume este puesto y al fallecer es sucedido por Fernando Correque. Se piensa que Fernando muere cerca de 1584 y es remplazado por Alonso Correque (Ibarra 1996:36, 148).

Las familias estaban organizadas en agrupaciones clánicas que compartían un ancestro en común y establecían su descendencia por el lado de la madre o del padre. Estas sociedades se dividían en dos mitades (organización dual) y las uniones matrimoniales sólo estaban permitidas entre miembros de clanes de la otra mitad. Los integrantes de este tipo de grupos sociales, estaban conscientes de quiénes podían ser sus parejas y de quiénes eran sus parientes consanguíneos (Bozzoli 1979: 41; Ferrero 1988:62; Ibarra 1996:150-15).

En documentos del siglo XVI se apunta que Alonso era hijo de dos indígenas de influyente jerarquía: Ventura y María. Siguiendo la organización clánica matrilineal, donde sólo se reconocía el parentesco por línea materna y la mujer se encargaba de heredar el poder, se presume que Fernando era hermano de María y que por lo tanto, Alonso era su sobrino. Asimismo, se puede sugerir que Guarco no era el padre de Fernando Correque, sino el tío materno. Por otro lado, estos documentos también mencionan que el acceso al poder se adquiría por línea paterna, pero esto puede corresponder a la visión patrilineal de los europeos (Ferrero 1988:63-64; Ibarra 1996:148-149).

2.3.3. Llegada de los españoles al Valle Central y la fundación de la ciudad de Cartago

En 1561 los españoles entraron por primera vez al Valle Central. El Lic. Juan de Cavallón inició la exploración de estas tierras y fundó en marzo de ese mismo año el primer asentamiento con el nombre de Garcimuñoz, el cual representó el centro de operaciones y el punto de partida de las expediciones. Se dice que la ubicación de esta ciudad en el Valle Central Occidental trajo una serie de inconveniente a los españoles, entre ellos la falta de indígenas para que les sirvieran y la pobreza de los mismos (Meléndez 1962:21, 1977:61).

Juan Vázquez de Coronado llegó a Garcimuñoz el 20 de setiembre de 1562 y reemplazó a Cavallón. Los habitantes de esta ciudad pasaban por una situación bastante precaria, por lo que Vázquez de Coronado le solicitó a sus hombres buscar un lugar con mejores condiciones para vivir (Estrada 1965:84). Uno de sus tenientes le informó sobre las facilidades con que contaba el Valle del Guarco, las cuales el conquistador mencionó en una carta que le escribió al rey Felipe II:

> Vista la nueva que el sargento medio del buen asiento del Guarco y consideradas las faltas que el desta cibdad tiene, especialmente de tierras para sembrar y el estar apartado del concurso de los naturales, y que estando en comarca dellos con más comodidad serán doctrinados, acorde ir a ver el valle y visitar las provincias a el comarcanas… vi el asiento, pareciome bien y no he visto otro mejor en estas partes, eceto el de Atrisco Nueva España. Traced una cibdad en aquel valle, en un asiento junto a dos ríos. Tiene el valle tres leguas y media en largo y legua y media en ancho; tiene muchas tierras para trigo y mayz; tiene el temple de Valladolid, buen suelo y cielo. Nombre a la cibdad Cartago, por llamarse esta provincia deste nombre (mencionada en Fernández 1976:110).

El traslado de Garcimuñoz al Valle del Guarco en marzo de 1564, les permitió a los españoles vincularse con los pueblos indígenas, ya que la mayoría de ellos estaban situados en la parte oriental del Valle Central. Asimismo, este nuevo asentamiento los aproximaba a la región Caribe, zona reconocida por sus riquezas y por consiguiente, de interés para los conquistadores (Meléndez 1984:12-13).

La ciudad de Cartago se vio afectada por las constantes inundaciones del río Coris, motivo por el cual en 1572 el gobernador Perafán de Ribera la reubicó en Mata Redonda, en los alrededores del actual San José. Sin embargo, Mata Redonda tampoco contó con las características deseadas y tenía como desventaja el alejamiento con respecto a los pueblos indígenas. Por lo tanto, en 1575 la población fue desplazada al Valle del Guarco, pero en esta ocasión fue colocada en un sitio localizado al noreste del primer asentamiento. Esta última ubicación corresponde con la ciudad de Cartago de nuestros días (Estrada 1965:86; Meléndez 1962:26; Meléndez 1977:63).

2.3.4. Dominación española y desarticulación del cacicazgo del Guarco

La colonización de los pueblos indígenas se hizo efectiva por medio de la instauración de dos mecanismos de dominación. Uno de ellos fue la encomienda, sistema en el cual la mano de obra indígena fue explotada, ya que debían servir a su dueño, cultivarle y construirle viviendas. El segundo fue el desarrollo de un sistema autoritario que abarcaba aspectos políticos, administrativos, militares, jurídicos y clericales. El proceso de colonización también se consolidó con el establecimiento de una institución como la ciudad, la cual facilitó la expansión de los españoles a las zonas periféricas (Fernández 1984:45; Meléndez 1984:17; Quirós 1996:54).

El arribo de los españoles al país no significó un motivo de alegría para los pobladores nativos, quienes se rehusaban a adoptar las nuevas costumbres e ideas traídas por los colonizadores, y protagonizaron varios alzamientos antes y después de las encomiendas. La resistencia de los pueblos del Valle del Guarco se hizo sentir con el rechazo a la religión católica y a la participación en sus actividades, con el ocultamiento de alimentos y bienes y con la negativa de servirles a los europeos. Además, algunos pueblos demostraron su oposición conservando su propia lengua, sus patrones matrimoniales, los principios que regulaban la herencia de la tierra y algunas creencias y costumbres religiosas que se fusionaron con la religión católica (Fonseca et al. 1987:29; Ibarra 1985:10-11, 1994:16).

La familia extensa que habitaba los grandes ranchos fue segregada, situación que afectó notablemente la organización social indígena y agilizó la introducción del nuevo régimen. Al mismo tiempo, la separación de los clanes, la realización de labores excesivas

en tierras de grupos ajenos, la escasez de alimentos y la aparición enfermedades, como el sarampión y la viruela, destruyeron a la población y debilitaron considerablemente a los cacicazgos del Valle Central (Ibarra 1985: 17; Fonseca et al. 1987:29).

Cuando los españoles llegaron al Valle del Guarco, el cacique Fernando Correque se ocultó en Tucurrique junto con algunos de sus súbditos. Es probable que lo montañoso de la región y el difícil acceso a la misma, la convirtieran en el escondite apropiado. Cuando los caciques principales daban la obediencia, según las leyes españolas, se les otorgaban los indígenas que ellos consideraran necesarios. De esta manera, en el momento que Correque se sometió a los españoles, eligió a los indígenas que le correspondían, entre ellos a sus familiares y a los jefes de los pueblos del cacicazgo del Guarco con sus respectivas familias, y los trasladó a Tucurrique con él. Cabe la posibilidad que desde este lugar, el cacique Fernando intentara reorganizar su cacicazgo, como parte de una estrategia defensiva para proteger a su gente (Fonseca et al. 1987:30; Ibarra 1985:12).

Con la muerte de Correque, los indígenas del Valle Central pierden a su líder y a su principal defensor. El cargo de cacique mayor lo heredó Alonso Correque, quien se vio en la obligación de reclamar a sus indígenas, ya que estos habían sido encomendados a los conquistadores. Sin embargo, Alonso no tuvo éxito con su demanda y fue acusado por poseer de manera ilegal a sus súbditos. De tal manera, el fallecimiento de Fernando Correque, la imposibilidad de Alonso de llevar a cabo sus funciones como cacique mayor, las migraciones de los indígenas a Talamanca, la desestructuración de la organización social y la crisis en el interior de la sociedad indígena, fueron factores que contribuyeron a la desarticulación del cacicazgo del Guarco y por consiguiente, a la conquista del Valle Central (Fonseca et al. 1987:30; Ibarra 1985:19).

2.4. Secuencia de trabajos arqueológicos en el sitio Agua Caliente (C-35 AC)

2.4.1. Estudios iniciales en el sitio: siglo XIX

Las primeras excavaciones carecieron de un carácter científico y se llevaron a cabo en la segunda mitad del siglo XIX por el dueño de la propiedad, José Ramón Rojas Troyo. Los artefactos que el propietario adquiría los incluía en su colección personal, y cuando

falleció en 1887 parte de ésta fue obsequiada al Estado de Costa Rica. Esta donación impulsó la creación del Museo Nacional en enero de 1888 (Vázquez 1985:3).

En una carta (mencionada en Hartman 1901:48) que el señor Troyo le escribe al Dr. Polakowsky, con el fin de proponerle la venta de la colección, relata que la mayoría de los objetos arqueológicos fueron hallados en las plantaciones de café de Agua Caliente. Asimismo, Troyo indica que en este mismo lugar estuvo situado el cementerio de Purapura, capital de la provincia de Guarco, y que su colección estaba conformada por 3000 objetos de arcilla, 400 de piedra y 140 de oro (Figura 4).

El primer estudio científico lo llevó a cabo Anastasio Alfaro en 1892, quien excavó varias tumbas de cajón y mencionó que

> Al abrir uno de estos sepulcros, que estaba a dos metros bajo la superficie del suelo, encontramos en él tres cadáveres: uno extendido longitudinalmente como en un ataúd, con la cabeza al Poniente; otro con la cabeza hacia el Este; y los restos de un tercero… hechos un montoncito en el centro de la sepultura (Alfaro 1894:103).

Años más tarde, Carl Hartman visitó el sitio en 1897 y observó montículos circulares de diferentes tamaños y un bloque largo de piedra decorado con tres espirales (Hartman 1901:189-190).

2.4.2. Década de 1980: los estudios arqueológicos en el sitio Agua Caliente son impulsados por proyectos urbanísticos

En 1980 la arqueóloga del Museo Nacional Maritza Gutiérrez, atendiendo una denuncia, observó un cementerio compuesto por tumbas de cajón destruido por la construcción de la urbanización San Francisco. Al año siguiente, Ricardo Vázquez, arqueólogo de la misma institución, llevó a cabo un reconocimiento en la finca cafetalera de la familia Pirie, como respuesta a otra denuncia. Vázquez determinó que el sitio es muy extenso y que alcanza gran parte de la terraza del río Aguacaliente. También encontró un conjunto de montículos, estructuras arquitectónicas y tumbas de cajón como las que halló su compañera (Vázquez 1985:4-5; Vázquez y Corrales 1987: 18-19). Además, el sitio es

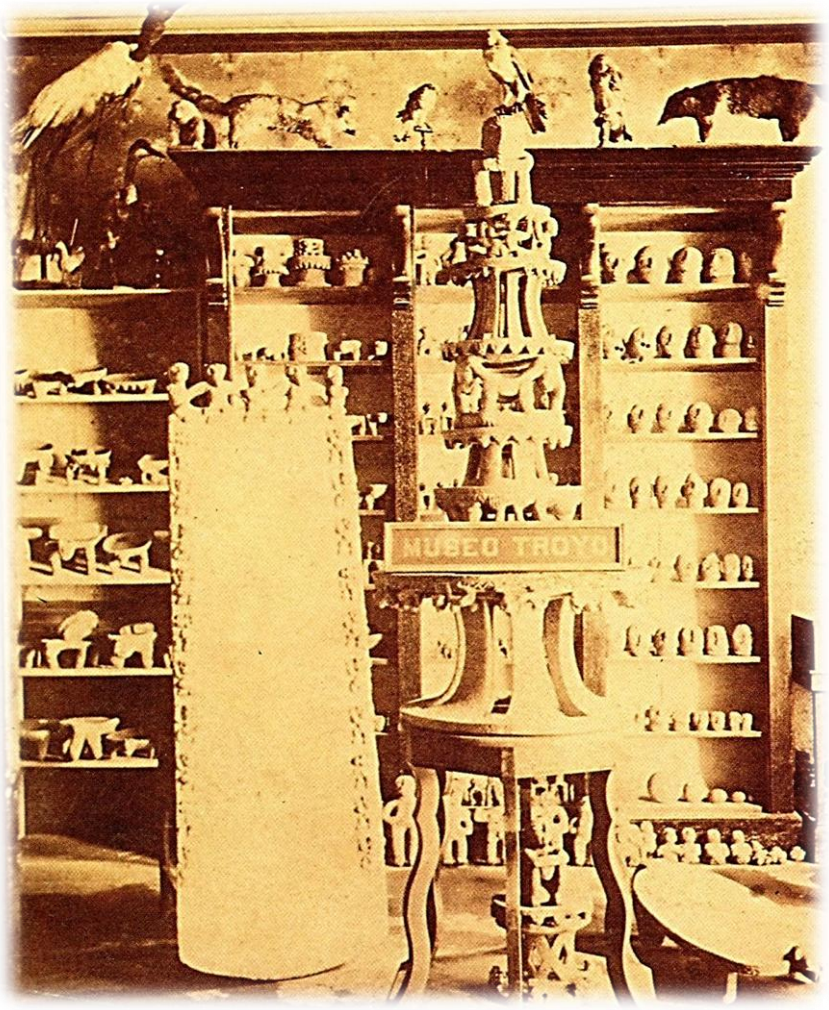

Figura 4. Colección de artefactos arqueológicos del señor Rojas Troyo.

reubicado, puesto que en los trabajos de Hartman no se indica con detalle su localización (arqueólogo Ricardo Vázquez comunicación personal, 2010).

En enero de 1982, se realizó la prospección y mapeo de los rasgos arqueológicos más destacados en un área de 20 ha aproximadamente (sector A), ubicada en la zona este de la finca Pirie. Se mapearon las elevaciones y las depresiones del complejo arquitectónico, el cual se localiza cerca de la quebrada El Molino y presenta doce elevaciones semicirculares que abarcan unas 2,5 ha. Alejadas de ese conjunto de estructuras, se hallaron tres elevaciones con forma circular y diámetros de 20 a 30 m. Además, por medio de la prospección se identificaron posibles áreas habitacionales y algunos cementerios (Vázquez y Corrales 1987:19, 23,27; Vázquez 1985:5).

Un año más tarde, el INVU adquiere la finca de la familia Pirie para construir la urbanización Cocorí. Esto motivó que de mayo a junio se prospectara el sector B que abarcaba las 70 ha compradas. Al levantar la cerca que delimitaba la propiedad comprada por el INVU de la fábrica de juguetes Playskool, quedaron expuestas lajas de posibles tumbas saqueadas, las cuales podrían ser parte de las áreas funerarias observadas en el sector A. Entre ambos sectores se prospectaron un total de 36 parcelas que corresponde a 60 ha aproximadamente (Vázquez y Corrales 1987:24, 28; Vázquez 1985:5).

Entre los meses de agosto y diciembre de ese mismo año, se aplicó un muestreo en los terrenos a urbanizar, en el cual se dividió el área total en cuadrantes de 1 ha y se eligieron cuatro de ellos para ser estudiados con más detenimiento. Con el afán de evaluar de manera general las zonas que no iban a ser analizadas minuciosamente, se realizó otro muestreo por transectos que coincidían con el trazado de algunas calles del residencial (Vázquez et al. 1987:40-41). Al profundizar un pozo de cateo (operación 1e) se descubrió un basamento circular. Este anillo circular fue denominado Basamento 1 y medía 15 m de diámetro. Estaba formado por dos filas superpuestas de cantos rodados planos y se encontraba incompleto en tres secciones. En dos segmentos cercanos a este basamento, se encontraron filas de piedras de 2 m de longitud externas al anillo, pero concéntricas, las cuales fueron interpretadas como elementos de entrada a la estructura (Vázquez 1984a; Vázquez et al. 1987:54; cf. Salazar y Sánchez 2009).

Durante las excavaciones realizadas en el Basamento 1, se hallaron semillas carbonizadas identificadas como maíz (*Zea Mayz L.)* y frijol (*Phaseolus sp.*). Estos restos botánicos se agruparon en la parte sur-central de la planta circular, y dos de las mayores concentraciones estaban relacionadas con dos grupos de piedras colocadas al sureste y al suroeste. Algunas de estas rocas tenían exfoliaciones y oxidación por calor, y se asociaron con tierra quemada y carbón. Estas evidencias sugieren que las agrupaciones de piedras correspondieron a dos fogones (Vázquez 1984a; cf. Salazar y Sánchez 2009). Además, se hallaron 460 artefactos líticos, entre ellos raspadores, puntas de proyectil, pulidores, martillos e instrumentos cortantes. De tal manera, con base en el material cultural recuperado, se determinó que en este basamento se llevaron a cabo actividades domésticas, como la preparación de alimentos y la manufactura de herramientas de piedra (Valerio 1987).

Al efectuar la excavación de una trinchera (operación 1d) se halló un segundo basamento a 20 cm bajo superficie. El Basamento 2 tenía forma semicircular, medía unos 16 m y presentaba discontinuidades en dos extremos, probablemente ocasionadas por las acciones de un tractor y por el huaquerismo. Se calculó que su diámetro podía medir unos 32 m, en caso de que tuviera forma circular. No fue posible excavar esta estructura, ya que sobre su mitad norte se habían colocado un gran conjunto de troncos. La mayoría de la cerámica recolectada en la trinchera y al limpiar el rasgo pertenece al complejo Curridabat (500-900 d.C.) y en cantidades menores al complejo Pavas (300 a.C.-300 d.C.) y Cartago (900-1500 d.C.) (Vázquez et al.1987:55-56).

En 1984 se vigilaron los movimientos de tierra en las trochas de las calles del residencial en construcción. En este rescate súbito se localizó y limpió una calzada y algunos rasgos arquitectónicos asociados a una plaza o patio. Se recuperaron restos humanos y ofrendas funerarias. Además, se excavaron unos conductos de evacuación de aguas que probablemente se fabricaron en el siglo XIX (Vázquez 1984a, 1985).

A principios de 1986, un grupo de estudiantes de la Universidad de Costa Rica a cargo del arqueólogo Ricardo Vázquez, realizó el Trabajo Comunal Universitario en este sitio. El equipo efectuó un levantamiento topográfico de los rasgos arquitectónicos y elaboró planos de algunas operaciones y cementerios (Barquero et al.1986). Meses más tarde otro grupo de estudiantes, bajo la tutela del mismo arqueólogo, inició una prospección sub-regional en los alrededores del sitio. La idea original fue cubrir un área de 9 km^2, pero al finalizar la primera temporada de campo (abril -junio) se había prospectado un 1 km^2. Se localizaron nueve sitios arqueológicos y fueron considerados habitacionales, debido a la incidencia de artefactos utilizados para la cocción y preparación de alimentos, como ollas y escudillas extendidas (Valerio et al. 1986:43, 46; Pérez et al. 1988:65, 83).

Después de tres temporadas de campo, en 1989 se finalizan las labores con 2.5 Km^2 prospectados, casi los 3 Km^2 que se establecieron como muestra representativa. Se registraron un total 20 sitios arqueológicos sin indicios de montículos, remociones de tierra u otro tipo de construcción que requiriera un gran esfuerzo y gasto de energía. No se hallaron áreas de trabajo especializadas en cerámica o lítica, pero sí materiales culturales que parecen vincularse con actividades domésticas. Sólo en los sitio Lajas (C-74L) y Finca Grande (C-76FG) se detectaron lajas de tumbas de cajón, algunas daban la impresión de estar *in situ*, mientras que otras estaban dispersas sobre la superficie. La mayor

concentración de sitios se presentó en el sector noroeste del área estudiada, debido a que los terrenos son aptos para la agricultura y tienen fuentes de agua cercanas. A estos sitios se les atribuye una secuencia temporal similar a la del sitio Agua Caliente, pero basada en estilos cerámicos (Valerio 1989:30, 32-33).

Es importante señalar que entre 1981 y 1986, Ricardo Vázquez estuvo a cargo de las labores en este sitio. Este arqueólogo coordinó un acuerdo entre el INVU y el MNCR, para mantener a salvo de las maquinarias de construcción, aproximadamente 9 ha donde se ubican las estructuras arquitectónicas correspondientes al sector Reserva. De tal manera, en el 2001 esta zona fue declarada Monumento Histórico Arquitectónico, asegurando su preservación y disposición para futuras investigaciones (Peytrequín y Aguilar 2007a:46, 2007b:58).

2.4.3. Excavaciones en contextos funerarios del sector Cocorí

En los trabajos de rescate efectuados en el sector Cocorí entre 1983-1984, se detectaron y mapearon un total de 40 cementerios del periodo 900-1550 d.C. De estos cementerios sólo se excavaron sistemáticamente los 17 que se encontraban intactos o parcialmente alterados, ya que los 23 restantes estaban arruinados por el huaquerismo y las labores agrícolas. Todas las tumbas fueron de cajón, la mayoría construidas con cantos rodados y lajas. En total se excavaron 184 tumbas y sólo en 87 de ellas se conservaron restos humanos. Se identificaron 145 individuos, los cuales fueron clasificados según su condición en articulados, desarticulados y contaminación (Vázquez 1989: 10-11). Con base en la evidencia demográfica y estructural de estos cementerios, se realizó un estudio en el que se concluyó que la muestra ósea es representativa de su población de origen y que los individuos fueron inhumados siguiendo el "patrón funerario de tumbas de cajón" (Vázquez 1989, 1990).

Cuando se nivelaba el terreno para construir la segunda etapa de la urbanización Cocorí, surgieron más vestigios arqueológicos que motivaron un rescate entre enero y febrero de 1988. Fueron detectadas cuatro tumbas de cajón y en una de ellas sólo había pequeñas lajas dispersas utilizadas como tapa. Se recuperaron pocos restos óseos humanos, los cuales correspondían a extremidades inferiores y piezas dentales. En dos de las sepulturas se obtuvieron materiales cerámicos, líticos, muestras de tierra, carbón y algunas

semillas carbonizadas. Se observaron otros rasgos culturales de forma semicircular compuestos por guijarros, cantos rodados y piedras dispersas. Este hallazgo es considerado como una continuación del cementerio de la operación de 8, hallado durante las labores de rescate de 1984 (Valerio 1988).

En el 2009 la construcción de 500 casas de interés social, como parte del proyecto urbanístico Duarco-Cocorí, impulsó la realización de nuevos trabajos arqueológicos. En el sector sur de la finca, entre la calle pública y el río Agua Caliente, se localizó un cementerio con 30 tumbas de cajón. Para determinar los límites del área funeraria, se excavaron dos trincheras que formaron una cruz. De esta manera, se estableció que el cementerio se extendía al lado este hasta la propiedad colindante, al sur limitaba con el río Agua Caliente, al oeste con una acumulación de rocas y al norte no se extendió más allá del área excavada. La zona central del cementerio estaba muy alterada por huaquerismo y por las excavaciones para enterrar ganado vacuno. Se observaron tumbas más elaboradas que otras, puesto que tenían paredes de lajas muy escogidas, pisos perfectamente acoplados y lajas colocadas de manera horizontal en el borde superior. Algunas tumbas eran más anchas en la parte superior y notablemente más angostas en la parte inferior. Además, se sugiere que ciertas tumbas fueron reutilizadas, ya que en los extremos se encontraron grupos de restos óseos desarticulados y acumulados, que acompañaban al individuo que yacía en posición extendida. Todo parece indicar que las tumbas pequeñas anexas a las tumbas de tamaño normal, eran utilizadas para depositar los restos de individuos que habían sido inhumados con anterioridad. En cuanto a las ofrendas funerarias, se hallaron artefactos cerámicos de la fase Cartago, los cuales se ubicaron en un extremo de las tapas y en el interior de las tumbas a un lado de la pared. Los restos óseos presentaron un estado muy pobre de conservación, sólo se recuperaron fragmentos de cráneo y piezas dentales, con las cuales se identificaron dos subadultos y cuatro adultos (León 2010: 24-26, 28-29, 36).

2.4.4. Investigaciones en los cementerios del sector Playskool

La propiedad donde se situaba la fábrica de juguetes Playskool, no formó parte de los terrenos comprados por el INVU en los años ochenta, ya que uno de los propietarios le continuó dando un uso industrial. Las investigaciones desarrolladas por el Museo Nacional de Costa Rica entre 1981 y 1984 comprobaron que el sitio continuaba en estos terrenos. Sin

embargo, en ese periodo no fue posible estudiar detalladamente este sector, debido a que la evaluación y el rescate en las áreas donde se iba a construir el residencial Cocorí demandaron mucho trabajo, y además, el señor Pirie no permitió la realización de excavaciones. De tal manera, sólo se llevaron a cabo reconocimientos de superficie, ubicaciones planimétricas y la limpieza de tumbas perturbadas por el huaquerismo. Con la planimetría se registró la ubicación de 12 cementerios y una elevación circular de 10 m de diámetro, localizada cerca de la esquina noroeste del sector (Vázquez 1998:5).

Años más tarde, en estos terrenos se construyó el residencial Hacienda de Oro y durante el movimiento de tierras quedaron expuestos fragmentos cerámicos, cantos rodados y lajas. Ricardo Vázquez inspeccionó dicha propiedad y observó tumbas de cajón alteradas por una zanja en la que se colocaría una tubería. Estos hallazgos impulsaron la realización de una evaluación en 1998, en la que se excavaron 327 sondeos y se detectaron tres moldes de postes, un aro de fogata y varias tapas de sepulturas. Este sector recibió el nombre de Playskool, como la antigua fábrica de juguetes, y en él se distinguió un área habitacional de los siglos XIX y XX, y una zona funeraria con sepulturas precolombinas ubicada al norte del complejo arquitectónico (Achío 1998; Vázquez 1998:6-7).

Un año más tarde se efectuaron los trabajos de rescate, que al igual que la evaluación, se desarrollaron a raíz del resarcimiento impuesto a la empresa Navarro y Asociados, por dañar evidencia arqueológica al iniciar la construcción del residencial. En estas labores de salvamento, se excavaron las bases de una edificación del siglo XIX y se hallaron aposentos cuadrangulares, posibles espacios donde se colocaron horcones y materiales como teja, vidrio, fragmentos de porcelana, losetas de piso y objetos de metal. Además, sobre estos cimientos, se detectó un camino empedrado del siglo XX que cruzaba el sector de norte a sur (Achío1999:12, 14).

El aro de fogata descubierto durante la evaluación, estaba constituido por cantos rodados distribuidos de forma circular en un estrato de tierra arcillosa. En el interior de este rasgo, se observó una coloración anaranjado-rojiza y se recuperaron materiales cerámicos y líticos asociados (Achío 1999:17).

Los trabajos de rescate también permitieron la identificación de 15 áreas funerarias, de las cuales, sólo siete de ellas fueron excavadas. Los ocho cementerios restantes se localizaban en zonas donde se construirían viviendas y un parque infantil, razón por la cual se consideró que no era necesario excavarlos, y se propuso que se depositara sobre ellos un

relleno de por lo menos un metro. En total se excavaron 204 sepulturas y se distinguieron dos patrones funerarios: los enterramientos simples de la fase Curridabat y los cementerios con tumbas de cajón de la fase Cartago. Cabe destacar que en el cementerio de la operación 58, las tumbas de cajón estaban distribuidas en tres niveles. Otro caso particular se presentó en la operación 55, donde se detectaron dos cementerios superpuestos: uno de la fase Curridabat con 13 enterramientos y otro de la fase Cartago con 28 tumbas (Achío 1999: 19, 31, 35, 36).

2.4.5. Proyectos e investigaciones finales de graduación desarrollados en el sitio Agua Caliente (C-35 AC)

En 1987 se planteó la propuesta de crear un ecomuseo o parqueo arqueológico, con el fin de proteger, excavar y restaurar el sector Reserva. Al mismo tiempo, con este parque se pretendía educar a las comunidades cercanas sobre la importancia del sitio, para que ellas mismas se preocuparan por su conservación. Con este centro de la cultura se intentaba promover la historia local desde épocas precolombinas hasta el presente, con lo cual se fortalecería la identidad cultural de la comunidad cartaginesa. Además, se proyectó como un potencial atractivo turístico, tanto para visitantes nacionales como extranjeros (Valerio y Herra 1987; Vázquez y Villalobos 1999). Años más tarde, dos estudiantes presentaron un diseño arquitectónico para dicho museo de sitio y centro de cultura (Araya y Chacón 2003). No obstante, al día de hoy ambas propuestas siguen sin concretarse.

Entre el 2007 y el 2009 se presentaron tres trabajos finales de graduación. En el primero se estudiaron las estructuras arquitectónicas del sector Reserva, analizando las técnicas constructivas y los procesos de trabajo necesarios para producir los artefactos hallados en el interior de las mismas. Además, se realizó una exploración de los terrenos cercanos al sector Reserva, con la cual se logró determinar la posible extensión del sitio (Figura 5) (Peytrequín y Aguilar 2007a).

Al llevar a cabo excavaciones en los montículos 1, 2 y 3, se hallaron restos humanos en estado fragmentario, pero no se identificó ninguna estructura que demarcara los enterramientos. Además, al oeste del sector arquitectónico y paralela al montículo siete y cinco, se descubrió una tumba de arco adscrita a la fase Curridabat, en la cual se había inhumado un individuo adulto articulado en posición decúbito dorsal. Al costado izquierdo

del individuo y cerca del cráneo se depositaron ofrendas cerámicas (Peytrequín y Aguilar 2007:105-109, 113).

Peytrequín y Aguilar (2007a:305) proponen que el sitio Agua Caliente cuenta con las características socioeconómicas de un modo de vida cacical y que durante las fases Curridabat y Cartago, representó en el Valle del Guarco un centro desde donde se regulaban funciones políticas, económicas, sociales y religiosas. Se considera que el sitio contó con una especialización social del trabajo, que incluyo artesanos, guerreros, agricultores, chamanes y otros. Asimismo, se señala la existencia de una jerarquía social entre los habitantes, la cual es demostrada a través de las diferencias entre los ajuares funerarios.

El segundo estudio se enfocó en el análisis de los contextos funerarios del sector Playskool, para determinar la presencia de diferencias y similitudes entre los grupos sociales inhumados, manifestadas en el simbolismo, iconografía y asociaciones contextuales. Achío (2007:156-159) determinó que los enterramientos de este sector compartían la misma visión de mundo, la cual se manifiesta en la configuración y orientación de los cementerios, en los grupos de unidades funerarias, en la ubicación de las ofrendas y en las decoraciones que éstas poseen, entre otros aspectos. De igual manera, se identificaron diferencias en la ubicación de la unidad funeraria con respecto al grupo, en el tipo y cantidad de ofrendas depositadas en cada unidad, en la posición y número de grupos de unidades funerarias dentro de los cementerios y en la localización del cementerio. Asimismo, se estableció que el área funeraria del sitio se extiende al norte del complejo arquitectónico del sector Reserva.

El tercer trabajo se basó en las investigaciones que previamente realizaron Vázquez (1984a) y Valerio (1987) en el Basamento 1. Salazar y Sánchez (2009) se interesaron por estudiar la arquitectura, el contexto y la posible función que tuvo este basamento, partiendo del análisis de los materiales culturales recuperados, como cerámica, lítica, muestras botánicas y de carbón. La evidencia material se asocia con los complejos cerámicos Cartago y Cabaña 800-1500 d.C. Además, el fechamiento de Carbono 14 (1421-1676 d.C.) sugiere que la unidad pudo ser utilizada a la llegada de los españoles.

Con base en los indicadores materiales presentes en esta estructura, Salazar y Sánchez (2009:195-197) proponen cuatro modos de trabajo: labores domésticas, elaboración y mantenimiento de herramientas líticas, actividades agrícolas y reproducción

simbólica y social. En cuanto a la arquitectura, el basamento presenta una simplicidad estructural reflejada en su anillo perimetral, compuesto por sólo dos filas de cantos rodados, así como en la ausencia de muros de contención o escalinatas. Dicha simplicidad evidencia las necesidades específicas de la unidad arquitectónica y del grupo social, pero también responde a la diferenciación jerárquica manifestada en otras estructuras del sitio. Por último, se infiere que el Basamento 1, además de tener una función dirigida a labores cotidianas y sociales, fue un recinto de apoyo para otras unidades del sitio que probablemente fueron utilizados por personajes de alto rango durante la fase Cartago

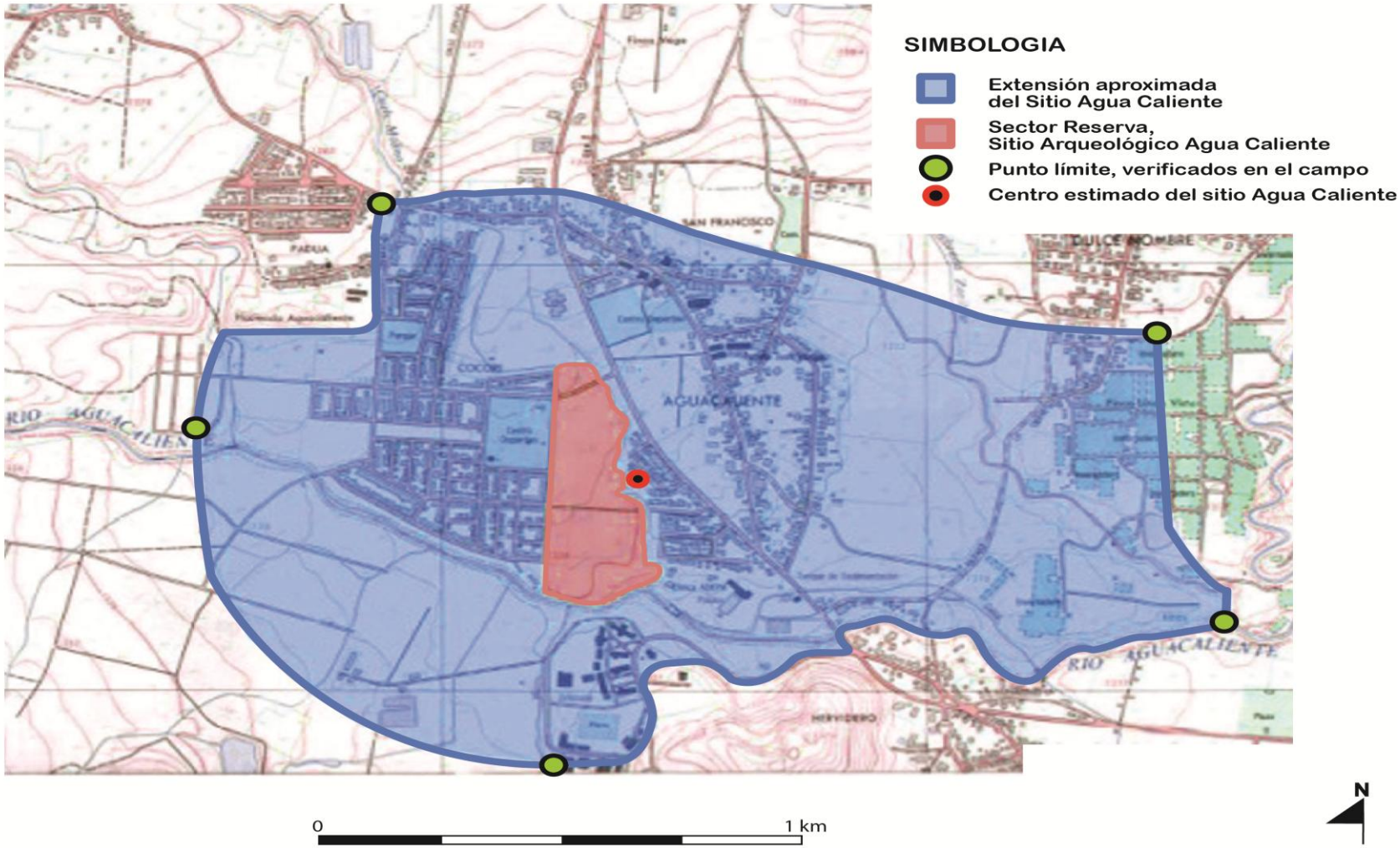

Figura 5. Posibles límites del sitio Agua Caliente (tomado de Peytrequín y Aguilar 2007a: Figura 7, redibujado por María López 2013).